

vo, considera que su estudio se corresponde con la parte más endeble de la reflexión frommiana: el análisis crítico del tipo de vida (enajenado) generado por el modo de producción capitalista, que apunta hacia una síntesis entre las antagónicas posturas funcionalista y dialéctica (pág. 320). Recogiendo buena parte de los análisis sobre el tema, ve como responsables de la enajenación del hombre actual los factores esenciales que sustentan el tipo de economía de mercado libre y la creciente tecnificación industrial: la *cuantificación*, *abstracción*, la *burocratización* y el *consumo*. Por otra parte, el carácter productivo se define como una determinada actitud o un modo activo de relacionarse con el mundo, en el que tiene lugar el desarrollo de todas las potencialidades humanas. Al hilo de la separación de las señaladas orientaciones de carácter, Fromm, desde una teoría motivacional, distingue dos tipos de conciencia: *autoritaria* y *humanista*, que, a su vez, se corresponden con dos sistemas éticos antagónicos: una ética autoritaria y una ética humanista. Es decir, se establece, de esta forma, una dependencia mutua entre el modo de vida productivo y los principios de una ética humanista, cuya realización exige una radical praxis social. Y precisamente en esta manera de comprender la obra del pensador freudomarxista, creemos centrado el mérito del trabajo que presentamos en estas líneas, puesto que evitando la ambigüedad y abstracción hacia las que siempre está tendiendo, recupera lo que ella tiene de importante: la denuncia de la irracionalidad de los modos de vida actuales, fruto de un sistema socioeconómico irracional y alienante, y la exigencia de una liberación humana desde una transformación social productiva.

Yolanda RUANO DE LA FUENTE

LAFUENTE, María Isabel; *Teoría y metodología de la Historia de la Filosofía*. Universidad de León, León, 1986; 277 págs.

La aparición del libro de María Isabel Lafuente, *Teoría y metodología de la Historia de la Filosofía*, ha de acogerse con entusiasmo por dos razones: la primera, extrínseca a la obra, a saber: la escasez manifiesta de estudios dedicados a esta temática, especialmente en castellano; la segunda, intrínseca a la misma, a saber: su valor y rigor científicos.

La obra aborda decidida y abiertamente los múltiples problemas de diversos órdenes planteados por una disciplina tan compleja como la Historia de la Filosofía. En primer lugar, problemas de orden teórico, como es, por ejemplo, ante todo el problema de la circularidad inevitable presente en el punto de arranque de toda elaboración de la Historia de la Filosofía; ya que dicha elaboración exige la realización previa de una selección de filósofos y temas, la cual requiere a su vez el establecimiento

de un criterio de selección que, por un lado, es previo a la elaboración de la Historia de la Filosofía, pero, por otro, presupone ya un cierto conocimiento de la misma, dado que está en función de dicho conocimiento. Otros problemas de nivel teórico, a los que se enfrenta la obra que comentamos, son los planteados por la necesidad de optar entre maneras alternativas de concebir la Historia de la Filosofía: o como Historia de los Sistemas o como Historia de los Filósofos; bien como Historia de los Sistemas, bien como Historia de los Problemas; ya como Historia interna, ya como Historia externa; o bien como Historia historiográfica o bien como Historia filosófica; o como Historia técnica o como Historia histórico-cultural; bien como Historia empírica, bien como Historia apriórica; ya como Historia unitario-teleológica, ya como Historia cíclico-recurrente... En segundo lugar, problemas de orden metodológico como, por ejemplo, el planteado por la contraposición de una exposición de las filosofías pasadas contextualizándolas en el marco de las ideas de su época y de una exposición de dichas filosofías interpretándolas desde estructuras filosóficas más potentes; o también el problema planteado por la necesidad de compaginar los métodos y técnicas investigadores con los docentes, puesto que ambas vertientes son igualmente importantes en una disciplina académica como lo es la Historia de la Filosofía. O, en último término, podemos mencionar el problema metodológico planteados: uno dedicado a la teoría de la Historia de la Filosofía y otro, a su de esta disciplina.

El libro, tal como lo refleja su título, se divide en dos grandes apartados: uno dedicado a la teoría de la Historia de la Filosofía, y otro, a su metodología.

La parte no sólo más extensa, sino también más densa es, a mi parecer, la primera, dedicada a la teoría de la Historia de la Filosofía entendida como la demostración de «las formas de la razón filosófica tal como se han manifestado en la historia» (pág. 15). Este apartado se abre con dos capítulos dedicados a un rápido examen descriptivo de la Historia de la Filosofía, examen que propicia un primer acercamiento a la disciplina en cuestión. Este examen descriptivo no se limita a detallar los tipos de Historia de la Filosofía practicados actualmente, sino también a incardinarlos dentro de la evolución histórica de la disciplina, viéndolos así «en una perspectiva que permita ver cómo y desde dónde se ha llegado a esta situación» (pág. 21). Por ello, el primer capítulo efectúa un repaso de la historia de la Historia de la Filosofía, que se centra en dos puntos de inflexión absolutamente nucleares en esta Historia, puntos que han marcado su desarrollo: las concepciones de la historia de la filosofía de Aristóteles y Hegel, expuestas con minuciosidad y acierto. El segundo capítulo describe el estado actual de la disciplina, analizando las diversas direcciones y tipos de Historia de la Filosofía. En efecto, la autora pone de manifiesto que la situación actual de la Historia de la Filosofía está caracterizada, en primer lugar, por la existencia de direcciones divergentes en su plantea-

miento; debido a que puede ser enfocada desde dos perspectivas diferentes, que tienden a distanciarse progresivamente: una histórica y otra filosófica. Desde el punto de vista histórico, todas las filosofías son estimadas en pie de igualdad, relativizadas en sus pretensiones de verdad, lo que conduce al escepticismo; desde el punto de vista filosófico, por el contrario, las filosofías no son estimadas en pie de igualdad y se considera a una de ellas dueña de la verdad absoluta, lo que conduce al dogmatismo. Asimismo cuando se la aborda desde el punto de vista histórico, la Historia de la Filosofía aspira a ser una ciencia positiva empírica y se centra en el desarrollo de exigencias metodológicas; cuando se la aborda desde el punto de vista filosófico, la Historia de la Filosofía presenta un marcado carácter apriórico y se centra en el despliegue de consecuencias metafísicas. Finalmente, la Historia de la Filosofía elaborada desde una perspectiva histórica se concibe como una Historia historiográfica de la Filosofía, que se orienta a una Historia externa, que sostiene una explicación causal del devenir de las doctrinas filosóficas y que aboca, en último término, a un reduccionismo; en cambio, la Historia de la Filosofía construida desde una perspectiva filosófica se concibe como una Historia filosófica de la Filosofía, que apunta a una Historia interna, que busca las razones (y no las causas) del acontecer filosófico y que lleva a una reconstrucción racional y sistemática de la historia de la filosofía. En segundo lugar, el estado actual de la Historia de la Filosofía se caracteriza por la existencia de cuatro tipos de Historia de la Filosofía, que surgen del entrelazamiento de dos dicotomías: la dicotomía Historia historiográfica (filológica) de la Filosofía —caracterizada por su atencencia a los textos y su rechazo de toda interpretación filosófica— e Historia filosófica de la Filosofía —caracterizada por la defensa de la objetividad de los pensamientos filosóficos y su oposición a admitir la reducción de éstos a meros fenómenos psicológicos, subjetivos—, por un lado; y la dicotomía Historia técnica de la Filosofía —caracterizada por ser abstracta e inmanente al orden filosófico— e Historia (histórico) cultural de la Filosofía —caracterizada por colocar las ideas filosóficas en el mismo nivel que otras ideas no-filosóficas—, por otro lado. Del entrecruzamiento de estas dos dicotomías proceden los cuatro tipos de Historia de la Filosofía analizados en este capítulo: historia técnica filológica, historia técnica filosófica, historia cultural filológica e historia cultural filosófica.

El capítulo tercero del libro estudia los requisitos previos a toda consideración teórica de la Historia de la Filosofía y subraya los dos siguientes: la determinación del concepto de filosofía y el examen de sus relaciones con las restantes formas culturales. Respecto del primer requisito, Lafuente distingue entre un concepto amplio de filosofía, según el cual ésta viene a identificarse con una concepción del mundo coherente y totalizadora que asegura el mantenimiento de la organización práctica de una cultura, y un concepto estricto de filosofía, de acuerdo con el cual ésta denota una formación cultural mucho más definida y localizable que

la del concepto anterior, a saber, una formación cultural de tradición helena dotada de un vocabulario específico y definida por configurarse como una «reflexión crítica respecto de las demás formas de conciencia objetiva» (pág. 77). En relación con el segundo requisito, discierne dos modos distintos de articular la conexión entre la filosofía y las restantes formas culturales: el modo reductivo y el modo absorbente. Los esquemas reductivos trabajan con un modelo de dos niveles, en que el básico es el que determina el tipo de reduccionismo (político, socio-económico, religioso, cientifista...) y la filosofía pertenece siempre al nivel de lo reducido. Estos esquemas comparten un modo de concebir la vinculación de la filosofía con el resto de las formas culturales, en conformidad con el cual la filosofía explícita o refleja instancias que condicionan su génesis. La autora indica un defecto fundamental de este tipo de esquemas, defecto que constituye su propia refutación como esquemas explicativos de la Historia de la Filosofía, a saber: su falta de exhaustividad, que provoca la aparición de residuos irreducibles a las categorías de la instancia que se pone como básica. No obstante, realza también el mérito propio de los reduccionismos; su intento de establecer el modo de articulación entre la filosofía y las restantes formas culturales, superando así las abstracciones de la historia interna de la filosofía. Esta aportación positiva de los esquemas reductivos debe ser recogida por todo planteamiento aceptable de la Historia de la Filosofía. Los esquemas de absorción describen un proceso dialéctico que abarca tanto el proceso genético progresivo, que va desde la determinación a la Idea, como el proceso ontológico regresivo desde la Idea a la determinación, en el que la Idea absorbe aquella determinación como un caso particular suyo. En el primer caso, se trata del comienzo de la génesis; en el segundo, del fundamento ontológico de la determinación. Estos esquemas de absorción se adecúan a procesos en que «determinadas configuraciones categoriales concretas dan origen a conceptualizaciones (filosóficas o no) en las cuales el resultado (una idea filosófica o un concepto no-filosófico) abarca más que el origen de donde brota —no se agota en el principio de su génesis, sino que estructuralmente se convierte en la *ratio cognoscendi* de su origen» (págs. 94-95).

De gran interés es también el capítulo dedicado al análisis de las estructuras de la Historia de la Filosofía. Estudia diversos intentos de establecer la estructura global del devenir histórico-filosófico, agrupándolos bajo dos grandes rúbricas: las estructuras unitarias y las estructuras recurrentes. Las teorías que defienden la estructura unitaria del proceso histórico-filosófico afirman la racionalidad del mismo por virtud de su carácter cerrado, impuesto por la existencia de un sistema terminal final, el cual convierte dicho devenir en un proceso teleológico. Como ejemplos prototípicos de estas teorías, Lafuente examina la teoría kantiana de la historia de la filosofía que unifica el proceso histórico-filosófico con la conquista del punto de vista trascendental y la teoría neo-hegeliana de

Kojève, así como la teoría del primer Aristóteles y Hegel expuestas en el capítulo primero. Frente a éstas, las teorías que abogan por una estructura recurrente de la Historia de la Filosofía son las que descubren en el curso histórico de la filosofía la repetición periódica de ciertas estructuras típicas. Estas teorías se distinguen de las anteriores por dos razones: 1) la ausencia de un fin de la historia de la filosofía, por lo cual ésta constituye un proceso abierto; 2) el pretendido descubrimiento de la repetición de determinados patrones a lo largo de tal proceso. Esta concepción de la Historia de la Filosofía entiende que «los grandes períodos de la historia tienen una estructura semejante que puede ser determinada en sus componentes principales» (pág. 121). Como ejemplos modélicos de estas teorías, Lafuente examina las teorías de Kafka, Xirau, Romero, Brentano y Dilthey.

El último capítulo de esta primera parte atiende a las bases ontológicas de la periodización de la historia de la filosofía y a la modalidad de conexión del proceso histórico-filosófico, adhiriéndose la autora a la teoría de las ordenaciones básicas de Gustavo Bueno. La conclusión que se desprende del estudio de esta primera parte de la obra es la de que toda ella está encaminada —como señala su autora— «a la justificación de la idea de una Historia filosófica de la Filosofía en sentido histórico-cultural» (pág. 149).

El libro complementa esta parte consagrada a la concepción doctrinal de la Historia de la Filosofía con una segunda parte dedicada a consideraciones metodológicas, insoslayables para el historiador de la filosofía, en cuanto la historia de la filosofía —como ya observó Cassirer—, si quiere ser una ciencia, no puede consistir en una simple colección de hechos, en la que éstos se sucedan en abigarrada mezcolanza, sino que ha de ser un *método* que nos enseñe a comprenderlos. Este método debe ser no sólo un método de investigación, sino también un método de exposición; ambos aspectos se conectan entre sí en el marco de la enseñanza, puesto que «la Historia de la Filosofía debe ser una forma de razón enseñante y enseñada, representada y ejercida en la propia docencia» (pág. 16). La metodología expuesta en esta segunda parte de la obra no entiende el método de la Historia de la Filosofía como un agregado de técnicas o prácticas, sino como una unidad arquitectónica en sentido kantiano, unidad que determina la función que desempeña y el lugar que ocupa cada práctica o técnica conforme al concepto de Historia filosófica de la Filosofía en sentido histórico-cultural. En esta línea se pronuncia el siguiente texto de la autora que resumen el sentido de este apartado metodológico: «La metodología de la Historia de la Filosofía, tal como la entendemos en esta parte, consiste en el análisis de la Historia de la Filosofía en cuanto sistema de operaciones o procedimientos gnoseológicos unificados por el propio concepto teórico de esta forma de Historia, que explícita o implícitamente está siempre asumido en sus acciones cognoscitivas» (pág. 166).

La obra se cierra con un apéndice destinado a precisar el concepto de

«fuentes» de la Historia de la Filosofía, desde un punto de vista que supera el planteamiento meramente filológico de la cuestión y la aborda desde una postura filosófica, que remite el problema al propio concepto de filosofía que se adopte.

Para terminar, sólo nos queda resaltar la necesidad de la lectura de esta obra para todo aquel que desee adquirir un serio conocimiento del estado actual de la investigación en teoría y metodología de la Historia de la Filosofía.

Julián CARVAJAL CORDON

Martin Hollis, *Invitación a la filosofía*. Ed. Ariel. Barcelona, 1986. 220 págs. Traducción de Juan-Andrés Iglesias.

Los libros que, como éste, se presentan a sí mismos como *invitaciones*, intentan tomar de ellas al menos tres virtudes: la brevedad, la amabilidad y la persuasión. Al mismo tiempo —no hace falta decirlo—, son libros dirigidos a lectores poco familiarizados con las materias que tratan, lo cual exige del ya iniciado, si es que se decide a leerlos, una predisposición especial que lo aleje de su rutina crítica cotidiana. En no pocas ocasiones, la conjunción de estas circunstancias da lugar a resultados nefastos: bien porque el autor no las tiene suficientemente en cuenta, y sus buenas intenciones se pierden en argumentos inacabables, intrincados y aburridos; bien porque las toma al pie de la letra, y el producto queda alí-corto, zumbón e irremisiblemente trivial. Rigor y pedagogia son ingredientes tanto más difíciles de combinar cuanto que tienden a disolverse mutuamente; es más fácil disculpar el uno por el otro que dar satisfacción a los dos.

Martin Hollis merece ser elogiado, en primer lugar, por salir airoso de este compromiso inicial. Su *Invitación a la filosofía* es un trabajo por lo general claro, asequible y, sobre todo, estimulante. Posee la capacidad de despertar la curiosidad del lector, pero también —y esto vale más— la de encaminarla en las direcciones más adecuadas.

La segunda baza de Hollis es tan sencilla como efectiva: escribe con apasionamiento. Resuelto a predicar con el ejemplo, el autor invita a reflexionar sobre preguntas que parecen provocar en él un interés contagioso, de modo que la falta de respuestas contundentes llega a convertirse en un acicate de imprevisible poder. Hollis quiere mostrar que el atractivo de la filosofía radica en lo que exige de quien se decide a practicarla, más aún que en lo que ofrece como *corpus* o disciplina de métodos y saberes. Es así cómo los problemas más arduos e irreductibles, formulados en un lenguaje comprensible, pueden convertirse también en los más excitantes.